

20. LA OVEJA PERDIDA

Introducción. No hay una experiencia humana más traumática que perderse, que sentir el abandono, el perder de vista todas las referencias conocidas que nos acompañan y dan seguridad. Sentirse perdido y abandonado llena de pánico nuestra vida y la primera reacción es la parálisis y el bloqueo. Cuantas veces al conducir y seguir las indicaciones del navegador, lo interpretamos mal y de repente nos entra el agobio de no saber qué hacer, a dónde dirigirse, cuando se pierde la señal GPS se nos acelera el corazón y comenzamos a hiperventilar. Le llamamos estrés post traumático. El estrés postraumático es una afección de salud mental que desarrollamos tras sufrir o ver algún evento traumático. Este episodio puede poner en peligro la vida, como la guerra, el maltrato, un desastre natural, un accidente automovilístico o una agresión sexual. El miedo nos paraliza y solo una presencia amiga y que nos rescata y nos despierta del shock, nos hace reaccionar. Y sin llegar a esos extremos, la conciencia de sentir que nadie se preocupa de nosotros, nos produce una desolación interior. La convicción de que nuestra vida no interesa a nadie es desoladora y además falsa. Por eso cobra tanta fuerza las palabras de Jesús.

Lo que Dios nos dice. *«Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (Lc 15,1-7).*

Sentirnos perdidos como una oveja sin pastor puede convertir la vida en una pesadilla y no en un regalo. Jesús nos recuerda que alguien vela por nosotros, nos busca, nos persigue para que el miedo no anide en nuestro corazón. Jesús es un insensato que deja las noventa y nueve ovejas que le quedan en el redil para salir a buscarnos a nosotros, que en muchos momentos somos ovejas perdidas. Perdidas y confundidas entre tantas ofertas, entre tantos cantos de sirena, que prometiendo un sueño nos sumergen en terroríficas pesadillas. Es muy fácil confundirse. Si le preguntamos a la oveja porqué se perdió estoy seguro que nos daría explicaciones que entenderíamos. Estaba despistada mirando al móvil. Vi un escaparate que me llamó la atención y luego no vi al rebaño. Estaba cansado de ser oveja buena y quería ser rebelde. Todos mis amigos me contaban lo bonito que era probar estas cosas y yo me vi presionada para ser aceptada. Me embaucaron en un proyecto que era irrechazable, pero que luego se volvió una gran estafa. La curiosidad y la inquietud de la oveja no es reprochable. El orgullo de no escuchar la voz del Buen Pastor, sí. Jesús siente compasión de los corazones inquietos, que no se conforman con seguir de forma acrítica al rebaño.

«Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,35-36).

Al amor no lo rige la prudencia o la sensatez, sino la pasión. Jesús siente compasión, que es la pasión compartida. Lo prioritario para Jesús es siempre atender al necesitado, al más débil, al más herido. No conservar a quienes ya están dentro, cómodos, confortables y seguros. De esto tiene que aprender mucho la Iglesia de hoy. Parece como si, incapaces de transparentar a Dios, nos dedicásemos a escenificar acontecimientos para mayor gloria de la institución de la Iglesia. Como si muchos que decimos construir el Reino estuviésemos en realidad dedicados a asegurar la supervivencia de las estructuras de la Iglesia. Las noventa y nueve ovejas juntas están tan acostumbrados a escuchar las palabras del Evangelio que ya no les suenan a nuevas y no captan el alcance y la profundidad que tienen.

Cómo podemos vivirlo. Necesitamos encontrar caminos de acercamiento a los que se sienten perdidos. Un lenguaje incisivo y acogedor, sin juicios ni condiciones que permita comprender a todos el alcance de la Buena Noticia. Dios te está esperando. Para ello es necesario, que los que conocemos el camino de vuelta a casa se lo ofrezcamos de forma gratuita a los que se han perdido. Cada creyente tiene que sentirse Buen Pastor en busca de tantos confundidos y alejados piden una mano amiga que los acompañe a casa.